

Conéctate



CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

SÉ UNA PERSONA POSITIVA

Cómo dejar de verlo todo
negro

DEPRESIÓN

De boca de alguien que
salió a flote

LA MEDIDA DE FE

Obtenerla es más fácil de
lo que piensas

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en:

www.conectate.org

México:

Conéctate

Apartado 11

Monterrey, N.L., 64000

conectate@conectate.org

(01-800) 714 47 90 (número gratuito)

(52-81) 81 34 27 28

Chile:

Conéctate

Casilla de correo 14.982

Correo 21

Santiago

conectatechile@mi-mail.cl

(0) 94 69 70 45

Colombia:

Conéctate

Apartado Aéreo 85178

Santafé de Bogotá, D.C.

conectate@andinet.com

Perú:

Conéctate

Casilla 2005

Lima 100

RAYOSdeSOL@terra.com.pe

Estados Unidos:

Activated Ministries

P.O. Box 462805

Escondido, CA 92046-2805

info@activatedministries.org

(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

Europa:

Activated Europe

Bramingham Pk. Business Ctr.

Enterprise Way

Luton, Beds. LU3 4BU

Inglaterra

activatedEurope@activated.org

(07801) 44 23 17

DIRECTOR

Gabriel Sarmiento

DISEÑO

Giselle LeFavre

ILUSTRACIONES

Étienne Morel

PRODUCCIÓN

Francisco López

AÑO 4, NÚMERO 11

© 2003, Aurora Production AG.

Es propiedad. Impreso en Tailandia.

<http://es.auroraproduction.com>

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.



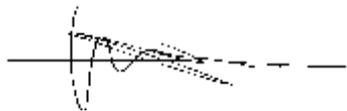
A nuestros amigos

¿Quién no se desalienta de tanto en tanto? Normalmente nos desanimamos por algo insignificante, una pequeña decepción o error, un comentario descuidado de un amigo o compañero de trabajo, algún pensamiento negativo acerca de nosotros mismos o de nuestra situación. Pero luego ¡cómo se amplifica! En un abrir y cerrar de ojos nos parece que todo anda mal. Las perspectivas se nos presentan tan negras que nos dan ganas de tirar la toalla. Quisiéramos meternos en algún hueco y enterrarnos en vida. El rato que sigue suele ser difícil, pero generalmente no pasa mucho tiempo antes que se presente alguna novedad o persona que nos ayude a encarrilarnos de nuevo, gracias a Dios.

El peligro está en que cuanto más tiempo permanecemos en esa veta negativa, más nos hundimos y más nos cuesta salir de ella. Peor aún, si hacemos de ello un hábito y damos frecuentemente lugar al desaliento, puede llevarnos a una depresión. Ahí sí que se complica el asunto, pues las depresiones son demoleadoras. Destruyen la vida de sus víctimas, además de tener un efecto devastador sobre sus seres queridos y allegados que, quieran que no, se ven también perjudicados.

Si eres una persona propensa al abatimiento o la depresión, hay dos cosas que debes saber: Primero, que estos trances están relacionados no solo con tu estado emocional, sino también con tu estado espiritual; y segundo, que hay un antídoto seguro y sencillo, una salida.

Así como Dios procura constantemente influir en nosotros para que tomemos decisiones acertadas y asumamos buenas actitudes, hay fuerzas espirituales siniestras que no cejan en sus intentos de abatirnos. La mitad de la batalla contra el abatimiento y la depresión consiste en aprender a reconocer las emisiones negativas que proceden del lado oscuro del mundo espiritual. La otra mitad son las acciones concretas que emprendemos para contrarrestar esas señales negativas, como sintonizarnos con las ondas positivas del Señor y creer y obedecer lo que nos dice que hagamos. ¡Con eso tenemos la victoria garantizada!



Gabriel Sarmiento
En nombre de *Conéctate*

El hocico del camello

CUENTA UNA FÁBULA BEDUINA que un árabe cruzaba el desierto en su camello. Cayó la noche y con ella también la temperatura. El árabe levantó su tienda, ató su camello y se fue a dormir.

La noche se tornó aún más gélida, por lo que el camello pidió al árabe que lo refugiara del frío.

El árabe fue categórico:

—¡Solo hay espacio para uno en esta tienda!

El camello guardó silencio, pero al cabo de un rato volvió a rogarle:

—¡Se lo pido por favor, amo! Permítame meter el hocico. Si me deja meter el hocico en la tienda no me moriré de frío.

A regañadientes, el árabe accedió.

El camello logró calentarse el hocico; pero transcurrido un rato, la temperatura bajó todavía más. La bestia volvió a despertar a su amo y le rogó:

—Por lo que más quiera, amo, déjeme meter las patas delanteras en la tienda. ¡Las tengo congeladas!

Una vez más el árabe accedió,

aunque con desgana.

—¡Las patas delanteras nada más!

Así, el camello introdujo las patas delanteras en la carpa para que se le calentaran.

Al cabo de una hora, despertó al árabe una vez más.

—Amo, tengo que meter las patas traseras. Temo que si se me congelan no podré continuar el viaje mañana. ¿De qué le servirá un camello sin patas traseras?

El árabe volvió a ceder, y el camello metió las patas traseras en la tienda. Mas como en la carpa no había espacio sino para uno de los dos, el árabe se vio obligado a salir y pasar la noche a la intemperie, donde apenas sobrevivió.

La depresión es igual que ese camello. Solo necesita una pequeña abertura para colarse, generalmente mediante un pensamiento que parece razonable o tiene algo de verdad; pero si se da lugar a ese pensamiento, se introduce junto con muchos otros y en poco tiempo se apoderan de nuestra mente. No permitas que el camello introduzca el hocico en tu tienda. •

¿A QUIÉN PRESTAS OÍDO?

EL SEÑOR NO ES EL ÚNICO QUE PROCURA CAPTAR TU ATENCIÓN y dirigir tus pensamientos. Por eso, conviene que estés al tanto y en sintonía con el Señor. Debes «probar los espíritus» para estar seguro de que lo que oyes mental o espiritualmente proviene de Él (1 Juan 4:1). Si algo te produce descontento o amargura, si te causa desagrado o infelicidad y te hace criticar a otras personas, es que no proviene del Señor, sino del enemigo de tu alma, el Diablo.

Una protección eficaz es mantener la mente y el corazón ocupados con pensamientos positivos, alentadores, reconfortantes y que edifiquen la fe, los cuales provienen de la Palabra de Dios. Cuando el Diablo te tienta con pensamientos negativos, memoriza versículos de la Biblia y recítalos en voz alta para ti mismo e incluso contra él. No des lugar al Diablo (Efesios 4:27).

DAVID BRANDT BERG (D.B.B.)

SÉ UNA PERSONA positiva

MARÍA FONTAINE

«JESUCRISTO ES EL MISMO ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13:8). Su poder para transformar es el mismo y está al alcance de todos nosotros. No hay que hacer otra cosa que echar mano de él. Jesús puede ayudar a cualquiera a superar cualquier angustia o adversidad, siempre que lo desee con toda el alma.

Cuanto más nos sumergimos en Él y en Su Palabra, buscando sinceramente Su voluntad y pidiéndole con toda el alma que obre en nosotros día a día, más profunda se vuelve nuestra relación con Él, y nos convertimos verdaderamente en las nuevas criaturas que quiere hacer de nosotros (2 Corintios 5:17). Así, a medida que nos vamos «transformando por medio de la renovación de nuestro entendimiento» (Romanos 12:2), se borran nuestros antiguos esquemas mentales. No es que el Señor opere en nosotros un cambio único y monumental, sino que va obrando en nosotros en la medida en que ponemos de nuestra parte y hacemos lo que está dentro de nuestras posibilidades.

«[Que] pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrasada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien

tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor. El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos» (Santiago 1:6-8).

Si no tenemos los pensamientos fijos en el Señor y en Su Palabra, si vacilamos entre escuchar las cosas alentadoras que nos dice el Señor y las mentiras, temores y el desaliento que nos murmura el Diablo, decididamente seremos de doble ánimo y por lo tanto no recibiremos cosa alguna del Señor; por lo menos no en relación al asunto en torno al que vacilamos. Si flaqueamos en la fe, obviamente no estamos confiando en el Señor.

Dios dice que nos guardará en completa paz si nuestro pensamiento en Él persevera y si ponemos la mira en las cosas de arriba (Isaías 26:3; Colosenses 3:1,2). David el salmista dijo en una ocasión: «Firme está, oh Dios, mi corazón» (Salmo 57:7, NVI). Si nuestro pensamiento persevera en Él, si nuestro corazón está firme en Él, si tenemos la mira puesta en las cosas de arriba, entonces estaremos firmemente unidos a Él y no vacilaremos entre la Palabra del Señor y las falsedades y temores del Diablo.

Es decir, no es imposible vivir libres de preocupaciones, temores y

bajones. Claro que siempre tendremos que lidiar con los «dardos de fuego» iniciales con que el Diablo nos tentará (Efesios 6:16), esas palabras que seguirá susurrándonos al oído. Pero no tenemos por qué darles lugar. La cosa no tiene por qué pasar de ahí.

«Resistid al Diablo, y huirá de vosotros» (Santiago 4:7). En cuanto te des cuenta de que pretende enredarte, no cedas a la tentación, y lograrás sobreponerte. Puede que tengas que batallar unos minutos o unas horas; pero eso no quiere decir que le estés «dando lugar» (Efesios 4:27). Mientras lo combatas en espíritu y pensamiento, estás haciendo lo que el Señor manda, y eso te garantiza la victoria. Para incrementar tu fe y derrotar al Diablo, apréndete de memoria unos cuantos versículos clave y repítelos en momentos así, o suéltalos al Diablo. Recordemos que Satanás no soporta la Palabra de Dios.

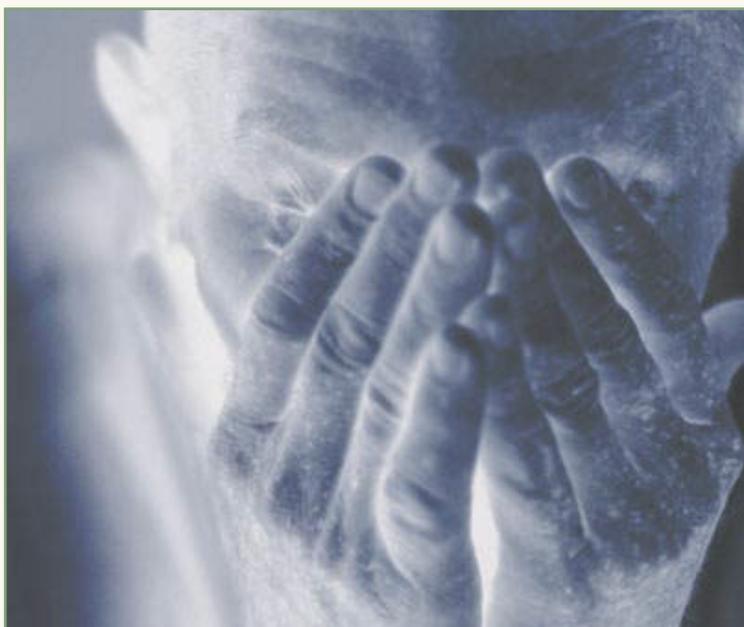
Ahora bien, si no pones freno a los pensamientos desalentadores resistiéndolos cuando afloran en tu mente, si cedas al desaliento, la batalla será mucho más intensa y te resultará mucho más difícil sobreponerte a ese bajón. Tal vez te cueste trabajo librarte de esos sentimientos iniciales, pero verás que si no combates el desaliento, la preocupación o el temor desde un principio, si les das el más mínimo lugar, la situación puede empeorar mucho. La batalla que tienes que librar al comienzo no es nada comparada con la que tendrás que librar más adelante si te permites caer en una de las trampas del Diablo.

Combate el desaliento desde el principio. ¡No le des cabida! Claro que no podemos evitar que a veces nos vengan pensamientos negativos o asomos de depresión. El Diablo a veces nos ataca de esa manera sin que hayamos incurrido en ninguna falta; pero no tenemos por qué quedarnos cruzados de brazos.

No debemos regirnos por nuestros sentimientos, sino por la realidad objetiva, por nuestra fe en la verdad



Cuanto más nos sumergimos en Jesús y en Su Palabra, más profunda se vuelve nuestra relación con Él, y nos convertimos verdaderamente en las nuevas criaturas que quiere hacer de nosotros.



conforme a la Palabra de Dios. Andamos por fe, no por vista ni por cómo nos sentimos (2 Corintios 5:7). Lo que tenemos que hacer cuando el Diablo nos ataca con esos sentimientos negativos es simplemente combatirlos con la Palabra. Líbrate de esa opresión por medio del poder del Espíritu y la Palabra de Dios, y no dejes que te domine. No te dejes hundir en la depresión.

Claro que hemos hecho cosas que no debíamos, claro que hemos cometido equivocaciones. Claro que somos pecaminosos y tenemos muchos defectos. Pero ¿qué más da? Esa sensación de fracaso proviene del Diablo, así que resístela. Si ya cometiste un error, lo único que consigues desanimándote es empeorar las cosas. Un error no se corrige con otro. Desde luego de nada sirve añadir una nueva equivocación a las ya existentes dejando que el Enemigo te haga caer en su trampa del abatimiento.

Por eso, cada vez que sientas el impulso de justificar tu desánimo, resiste ese pensamiento. No se justifica que te recrimines y te abatas. No debes

ni siquiera orando. Tuve que invocar la Palabra del Señor. Tuve que ponerlo todo en Sus manos y dejar que Él se encargara del asunto.

Entonces recordé ese versículo que dice: «Los que siguen vanidades ilusorias —falsedades huecas sin ningún valor—, su [propia] misericordia abandonan» (Jonás 2:8). Si damos lugar al desánimo, nos estamos dejando llevar por vanidades ilusorias. O sea, renunciamos a la misericordia y ayuda que nos ofrece el Señor, Su fe, Su gracia y Su milagroso poder, el cual nos puede liberar del desaliento del Diablo.

Cuando en vez de poner la mirada en el Señor, la desviamos hacia las circunstancias y los problemas, ya ni siquiera vemos al Señor de tan ensimismados que acabamos mirando montañas. En realidad Él nos dice que si tenemos los ojos puestos en Él y albergamos una pizca de fe no mayor que un grano de mostaza, podemos ordenarle a un monte: «Quítate de aquí», y será arrojado al mar (Marcos 11:23).

A veces los miedos, las preocupa-

Claro que hemos hecho cosas que no debíamos, claro que hemos cometido equivocaciones. Pero ¿qué más da?

dar lugar a esos sentimientos.

El otro día de pronto me vi asediada por pensamientos desalentadores. Me detuve a orar en contra de ellos; pero al cabo de un rato todavía me sentía muy deprimida. Lo que hice fue invocar la Palabra. Dije: «Señor, Tú prometiste que si echábamos nuestras cargas sobre Ti, nos sacarías adelante» (Salmo 55:22). No tuve más remedio que defenderme con la Palabra. No conseguí superarlo racionalizándolo,

ciones y el desaliento pueden parecer nos montañas; pero no deberíamos darles cabida en nuestra vida. Cuando vivimos estrechamente unidos a Jesús y obramos conforme a Su Palabra, vivimos en un plano espiritual. Es un mundo milagroso en el que las dificultades y obstáculos que enfrentamos no nos pueden detener. Se disipan por medio de la fe. Lo que nos inspira esa fe es tener los ojos puestos en el Señor y en Su Palabra. •

Rescatada del abismo de la depresión

CADA DÍA DESEABA que fuera el último. Tenía 20 años, llevaba uno de casada y había dado a luz a nuestro primer hijo, un varón. Los médicos me dijeron que estaba atravesando la típica depresión posparto y que ya se me pasaría. Sin embargo, cada vez estaba peor. No tenía ganas de cuidar el bebé. No podía pensar en nada que no fuera muerte, sangre y dolor. Le tomé fobia a la luz del sol, a la noche y hasta a la lluvia. Me torné agresiva, crítica y desequilibrada emocionalmente. Mis relaciones con los demás se hicieron tensas. Me aislé de toda expresión de amor.

En realidad todo eso había tomado raíz años antes, cuando era una chica tímida y temerosa, preocupada de no gozar de aceptación. Una vez que conseguí todo lo que solían anhelar las chicas de mi edad —un marido que me quisiera, un hermoso bebé, casa, auto y una vida cómoda—, me sentí terriblemente desdichada. Los hábitos y modos de pensar que cultivamos en nuestra niñez pueden conducirnos a situaciones muy peligrosas.

Poco a poco mi estado empezó a mejorar, al menos en apariencia. Al cabo de casi tres años di a luz a mi segundo hijo. Esa vez me resultó más fácil. Pasaron cinco años más, durante los cuales siempre tuve clara

una cosa: mis hijos eran una luz en medio de mi oscuridad.

Entonces los síntomas de mi depresión se intensificaron. Empecé a mostrar indicios de esquizofrenia: tenía miedo y claustrofobia, veía visiones infernales y oía mentalmente voces malignas. La depresión me producía tales sentimientos de culpa que fácilmente me dejaba llevar por cualquier pensamiento negativo. Desde mi punto de vista, cuanto más negativo fuera un pensamiento, mejor. Era como una esponja lista para absorber las tinieblas. Bajé muchísimo de peso, y estaba continuamente en un peligroso estado de ánimo. Ya no podía ocultarme. Tenía que hacer algo.

Busqué asistencia psicológica y psiquiátrica. Los médicos me recetaron unos medicamentos muy fuertes, pero cuanto más atención médica recibía, peor me ponía. Probé grupos de autoayuda, la hipnoterapia y todo lo que el dinero me pudo proporcionar. Pero nada me daba paz.

Agradezco a Dios que mi esposo estuviera siempre a mi lado y nunca dejara de amarme. Nuestros familiares le decían que debía internarme en un psiquiátrico, pero no les hizo caso. En cambio, oraba todos los días para que me pusiera mejor. Sabía que si me internaba, nunca saldría de allí.

*Cuanta más
atención
médica
recibía,
peor me
ponía.*



Giovana (Jô) Pellizzaro

Nuestros familiares le decían a mi esposo que debía internarme en un psiquiátrico, pero no les hizo caso. En cambio, oraba todos los días para que me pusiera mejor.

Además de mantenernos a todos, mi marido tenía que ocuparse de los dos niños y ayudarme a mantener la casa razonablemente limpia. En el estado mental y emocional en que me encontraba no podía conducir, así que tampoco podía hacer las compras. Él también tenía que ocuparse de eso. Yo estaba tan mal

que ni siquiera conseguía preparar una comida sin quemarla. Fue un milagro que no incendiara la casa.

Además sufría los efectos colaterales de todos los medicamentos que tomaba: me mareaba, se me secaba la boca, tenía náuseas, migrañas, espasmos musculares y retorcijones intestinales. Al cabo de un tiempo hasta perdí mi capacidad motriz. Tenía que caminar por la casa apoyándome en las paredes para no caerme, o me quedaba sentada inmóvil mirando el canasto de la ropa sucia sin poder hacer nada al respecto.

Jesús era el único que podía salvarme. Y lo hizo. Conocí a unos misioneros de La Familia. En realidad eran vecinos nuestros, solo que nunca les había prestado mucha atención. Sus rostros reflejaban demasiado optimismo. Eran más luminosos de lo que yo podía soportar. Me caían mal, pero al mismo tiempo me fascinaban. Ahora me doy cuenta de que lo que me impedía acercarme a ellos era el miedo a que se fijaran en mí. Tenía miedo de que me amaran.

Un día una pareja de La Familia

conoció a mi marido en su oficina. «Lo que me cuentan es hermoso —les dijo él—, pero la que más lo necesita en realidad es mi esposa». Así que los traje a casa.

Yo tenía dudas de que su verdadera intención fuera ayudarme o de que siquiera fueran capaces de hacerlo; pero estaba en tan mal estado que no me quedaba más remedio que aceptarlo o rechazarlo. Gracias a Dios, lo acepté. Acepté a Jesús porque Él me aceptó primero (1 Juan 4:19). Aquel momento marcó el inicio de un cambio, pero no superé todos mis trastornos instantáneamente. Era como una bebida moribunda a la que había que atender con esmero para que poco a poco recobrarla la salud. Mis nuevos amigos de La Familia hicieron eso por mí.

Día tras día me animaron a leer la Biblia y otras publicaciones que me infundieran fe, como esta revista que estás leyendo. Al principio me resultó muy humillante, pero aprendí a pedir oración cuando sentía que me hundía. Me hice muy amiga de una de las mujeres. Ella era muy paciente y amorosa, pero tampoco se andaba con rodeos. Leíamos la Palabra juntas o hablábamos por teléfono todos los días. Le conté todas las cosas que me habían atormentado durante años. Finalmente encontré lo que había estado buscando desde hacía tanto tiempo, aunque no sabía qué era. Jesús puso en mi corazón y en mis labios una nueva canción.

Naturalmente, por momentos la batalla espiritual arreciaba; y todavía sucede a veces, puesto que el Diablo estaba enojadísimo de haberme perdido. No dejaba de atormentarme con pesadillas, imágenes mentales perversas y pensamientos sórdidos. Una noche mi desconcierto y desesperación llegaron a tal punto que me eché de rodillas y recé: «Jesús, tengo que saber la verdad. Ya no soporto

estos ataques. Si Tú no vas a solucionar mis problemas, si no me vas a librar de estas tinieblas, no quiero seguir viviendo. Transfórmame o sácame de este mundo».

En ese momento abrí la Biblia y mis ojos cayeron sobre el Salmo 116. Fue como si aquellas palabras me hubieran brotado directamente del corazón. De ahí en adelante no volví a dar más crédito a las mentiras del Diablo. Di por hecho que el Señor cumpliría las promesas de Su Palabra. Empecé a llamar a los integrantes de La Familia todos los días para preguntarles dónde podía encontrar algún versículo para combatir al Diablo por medio de la Palabra. Y dio resultado. Durante años me había dejado embaucar por las argucias de Satanás, pero la Palabra lo ponía en evidencia y echaba por tierra sus planes.

Como es lógico, él nunca me había dado soluciones de ningún tipo. Solo me había recriminado y me había arrojado al pozo de la depresión. Sin embargo, poco a poco, a medida que invocaba promesas de la Biblia y pedía al Señor que me diera la gracia y las fuerzas para hacer lo que tenía que hacer, todo se fue haciendo más fácil, y el Diablo cada vez tenía menos cosas de qué acusarme. Cada vez que me asediaba con un pensamiento deprimente le respondía con versículos que demostraban la falsedad de sus argumentos, como hizo Jesús cuando el Diablo lo tentó.

Aunque me llevó casi dos años salir del pozo de la depresión, gracias a Jesús hoy soy otra persona. No hay ningún principio en Su Palabra que no sea válido, ninguna promesa que Él no cumpla. No puedo expresar cuánto lo amo. No puedo pensar en otra cosa que en Él y en lo portentoso que es. El Señor respondió las fervientes plegarias de mi marido, así como responde las de todos nosotros. •

ACTUALMENTE GIOVANA PELLIZZARO FORMA PARTE INTEGRAL DE LA OBRA DE LA FAMILIA EN BLUMENAU (BRASIL).

ORACIÓN PARA HOY Jesús, todo lo que soy es por obra de Tu amor. El hecho de que me aceptes plenamente ahuyenta los pensamientos negativos sobre mi persona que a veces me sobrevienen. Si bien no te merezco, tampoco sabría qué hacer sin Ti. Sólo me resta asolearme en Tu amor y alegrarme de que me aceptes. Soy como una flor que todas las mañanas alza el rostro para absorber el calor del sol. Tu amor es como ese sol naciente que cada día me dispensa nuevas misericordias. ¡Gracias, Jesús! •

SALMO 116:1-9

1. AMO AL SEÑOR, PUES HA OÍDO MI VOZ Y MIS SÚPLICAS;
2. PORQUE HA INCLINADO A MÍ SU OÍDO; POR TANTO, LE INVOCARÉ EN TODOS MIS DÍAS.
3. ME RODEARON LIGADURAS DE MUERTE, ME ENCONTRARON LAS ANGUSTIAS DEL SEOL [INFIERNO]; ANGUSTIA Y DOLOR HABÍA YO HALLADO.
4. ENTONCES INVOQUÉ EL NOMBRE DEL SEÑOR, DICIENDO: «OH SEÑOR, LIBRA AHORA MI ALMA».
5. CLEMENTE ES EL SEÑOR, Y JUSTO; SÍ, MISERICORDIOSO ES NUESTRO DIOS.
6. EL SEÑOR GUARDA A LOS SENCILLOS; ESTABA YO POSTRADO, Y ME SALVÓ.
7. VUELVE, OH ALMA MÍA, A TU REPOSO, PORQUE EL SEÑOR TE HA HECHO BIEN.
8. PUES TÚ HAS LIBRADO MI ALMA DE LA MUERTE, MIS OJOS DE LÁGRIMAS, Y MIS PIES DE RESBALAR.
9. ANDARÉ DELANTE DEL SEÑOR EN LA TIERRA DE LOS VIVIENTES.



APUNTES SOBRE EL TIEMPO DEL FIN

Las 70 semanas de Daniel, 2ª parte

EL NOVENO CAPÍTULO del libro de Daniel contiene una de las profecías más extraordinarias de la Biblia, toda vez que especifica períodos de tiempo relacionados con la primera y la segunda venida de Cristo. Fue recibida por el autor del libro hacia el año 538 a.C.

Como expusimos en la primera parte de este artículo, el pasaje de la profecía referente a la primera venida de Jesús (69 de las 70 «semanas» o hebdómadas) se cumplió con total precisión. Esta segunda parte explica lo relativo a Su segunda venida, concretamente los últimos siete años antes de Su retorno. A excepción de la última de las 70 *semanas* o hebdómadas de la profecía de Daniel, todas tienen que ver con la primera venida de Cristo. La hebdómada que se menciona en el versículo 27 es la restante, es decir, los últimos siete años.

Por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de

la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador (Daniel 9:27).

El sujeto tácito de la primera oración de este pasaje es «el príncipe que ha de venir» del versículo 26. Dado que en Daniel 11:22 se hace referencia al Anticristo como «el príncipe del pacto», sabemos que el sujeto al que alude este pasaje es precisamente el Anticristo.

El «pacto» del que se habla en este pasaje es un acuerdo formal. La firma del mismo señalará el inicio del septenio en que gobernará el Anticristo, es decir, los últimos siete años antes del regreso de Cristo.

En varios otros pasajes de las Escrituras se hace referencia a ese tratado. Tomando en cuenta que en Daniel 11:28,30 se lo denomina el «pacto santo», todo parece indicar que se trata de una suerte de acuerdo religioso —al menos en parte— que posiblemente aborde la espinosa cuestión de la coexistencia entre judíos, musulmanes y cristianos. Es probable también que el acuerdo conlleve la

internacionalización de Jerusalén y posibilite el libre acceso a la ciudad a las personas de toda fe. Presumiblemente allanará también el camino para que los judíos reconstruyan por fin su templo en el Monte Moriá, en Jerusalén, y reanuden los sacrificios de animales en su altar.

Pero «a la mitad de la semana» —es decir, transcurridos tres años y medio del septenio en que estará en vigor el pacto— el Anticristo renegará del acuerdo:

Se levantarán de su parte tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora (Daniel 11:31).

Este es un versículo clave, pues nos señala que en ese momento, tres años y medio después de confirmar el pacto de siete años, el Anticristo entrará por la fuerza en el templo judío —«el santuario»—, que para entonces habrá terminado de construirse, puesto que hoy en día no existe. Pondrá fin al sacrificio diario y colocará en el templo la denominada «abominación desoladora».

Más de 500 años después de haber dado Daniel esta profecía, Jesús hizo referencia a ella en Su disertación sobre las señales de Su segunda venida y del fin del mundo tal como lo conocemos hoy en día:

Cuando veáis en el lugar santo [el templo judío en Jerusalén] la «abominación desoladora» de que habló el profeta Daniel [...] habrá



entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá (Mateo 24:15,21).

¿Qué es exactamente esa «abominación desoladora»? Jesús dijo que la veríamos «en» el templo judío. En Daniel 11:31 dice que las fuerzas del Anticristo la «pondrán» allí. En el libro del Apocalipsis descubrimos que la abominación desoladora es una imagen del propio Anticristo (Apocalipsis 13:15), a quien la Biblia denomina también «la Bestia» (Apocalipsis 13:1-7).

El asesero principal del Anticristo, el «falso profeta», será el gestor de esa imagen, la cual tendrá la facultad de *hablar* y de algún modo podrá causar la muerte de quienes no la adoren (Apocalipsis 13:11-15). Ese poder se instrumentará por medio del sistema monetario electrónico que instituirá el régimen del Anticristo. Se obligará a todos a someterse a él y a rendirle culto, toda vez que con ese sistema nadie podrá comprar ni vender a menos que tenga un número de cuenta personal —«la marca de la Bestia»— en la mano derecha o en la frente (Apocalipsis 13:16-18). De todos modos, algunos se negarán a adorar al Anticristo o a aceptar su marca, y el Señor velará por ellos (Apocalipsis 12:6,14).

Pero volvamos a Daniel 9:27: El Anticristo gobernará «hasta que venga la consumación». El término hebreo que en este pasaje se tradujo por *consumación* es el vocablo *kalah*, que tiene dos acepciones: *completar* y *consumir, extinguir*. No queda claro cuál de ellas se aplica en este caso.

Pudiera ser que se refiera al cumplimiento del último aspecto de la profecía, o bien al aniquilamiento total del Anticristo y sus fuerzas. En todo

caso, ambas encajan, pues los dos hechos serán simultáneos. La profecía se terminará de cumplir y el Anticristo será aniquilado poco después de la segunda venida de Cristo, durante la ira de Dios y la Batalla de Armagedón. El versículo 27 termina diciendo: «y lo que está determinado se derrame sobre el desolador». La ira de Dios caerá sobre el Anticristo y sus seguidores. Entretanto, los hijos de Dios, los salvos, estarán fuera de peligro, en el Cielo, disfrutando de la cena de las bodas del Cordero, Jesús (Daniel 12:11,12; Apocalipsis 14:9,10; capítulos 15,16 y 19).



Las primeras 69 semanas o hebdómadas se cumplieron exactamente como predijo la profecía de Daniel. No hay razón para dudar de que la última hebdómada —los últimos siete años antes del retorno de Cristo a la Tierra— no se vaya a cumplir también tal como se predijo en ese asombroso pasaje.

¿Estás listo para el regreso de Cristo? Si no, más vale que te prepares. Los acontecimientos se están dando a un ritmo vertiginoso. Acepta a Jesús sin más demora. •

La palabra *semana* que aparece en las biblias castellanas es traducción del vocablo *shabua*. El *Diccionario Strong de griego y hebreo* lo define de la siguiente manera: «Que consta de siete elementos, p.ej. una semana (específicamente de años)». O sea que esas 70 semanas representan en realidad 70 veces 7 años. El cumplimiento de la primera parte de la profecía, que anunció el año exacto de la crucifixión de Jesús, confirma que en este pasaje la palabra *semana* debe interpretarse como «7 años». También habría podido emplearse la voz *hebdómada*, pues uno de sus sentidos es «espacio de siete años».

Ya ha matado a ocho personas.

El jueves le corresponde matar a otra,
o morir él.

Es martes. **ES MARTES.**

El profesional

por casualidad
Te lo encuentras por casualidad.

¿Qué le dirías?

A los veinte años ya había estado cinco preso por homicidio.

CAE UNA FINA LLOVIZNA mientras dos misioneros de La Familia —Jan y Kristina— abordan el bus. Tienen que hacer un viaje de dos horas para llegar a la estación de ferrocarril más cercana, donde podrán tomar un tren rumbo a casa.

Kristina se sienta junto a la ventanilla, pero descubre rápidamente que el mecanismo de reclinación del asiento ofrece una sola posición: totalmente reclinado. A Jan le va peor todavía. Se sienta junto a un muchacho que viste camisa y pantalón vaquero y que, por lo visto, está bastante ebrio. En 1998 eso es normal en Rusia. A casi 10 años de la caída del comunismo,

los sueños han degenerado en alcoholismo.

Mientras el bus sale del pueblo, Jan trata de iniciar una conversación.

—Tómame una cerveza. ¡Pahzhalsta!
—responde Misha sacando dos botellines de su bolso.

Tomando uno en cada mano, los frota y los hace sonar el uno contra el otro. Luego golpea la chapa de uno con el extremo inferior del otro. El de abajo se abre y deja salir un chorro de espuma. Se lo pasa a Jan.

La cerveza le afloja la lengua a Misha. A los veinte años ya había estado cinco preso por homicidio. Recientemente

cumplió 24, y ahora tiene esposa e hija, a quienes quiere entrañablemente. Gana 10.000 dólares al mes.

Jan hace la pregunta ineludible:

—¿Cómo hace un muchacho como tú para ganar tanto dinero con la crisis económica que hay?

No está preparado para la espeluznante respuesta que escucha.

—Soy boxeador profesional —explica Misha—, solo que cada pelea es a muerte, y no hay reglas. El único público que asiste es un puñado de capos mafiosos.

Ya ha matado a ocho personas, pero la pelea del jueves le preocupa. Su próximo contrincante es más diestro que él y pesa 25 kilos más. Misha ya ha sufrido numerosas lesiones. Aunque sobreviva a la pelea del jueves, su médico no le da mucho más tiempo de vida. No ve una salida por ninguna parte.

Lo peor es que está convencido de que Dios jamás podrá perdonarle todo lo que ha hecho. ¿Será ya tarde para él? ¿Es posible ser demasiado malo para Jesús?

«¡Ojalá consiga que ore y acepte a Jesús!», piensa Jan.

Jan comienza a hablarle de la salvación. Le explica que Dios ha salvado a pecadores aún peores.

Sumido en una profunda depresión, Misha no cesa de repetir lo malo que es. Poco a poco va arrastrando las palabras. Sigue bebiendo hasta quedarse dormido.

Jan se queda con una sensación de abatimiento y fracaso. Ha intentado tirarle a Misha un salvavidas, pero sin éxito. Mientras el bus continúa su recorrido dando tumbos, Jan y Kristina no saben qué más hacer por Misha, aparte de orar por él.

El bus comienza a aminorar la marcha, y el conductor da el nombre de la estación donde les toca apearse. Misha todavía duerme. Jan trata de despertarlo. Si pudiera hablar con él un poco más... Si pudiera conducirlo al Príncipe de Paz...

Pero Misha no da señales de vida.

Jan y Kristina juntan sus cosas y se bajan del bus. La lluvia ha cesado, y diríase que ha dejado tras sí charcos de lágrimas en las calles. Para mucha gente la vida es durísima.

Jan y Kristina recorren un corto trecho bregando todavía por superar la triste experiencia del bus. Tienen que tomar el siguiente tren, pero no saben bien adónde dirigirse. Se detienen a leer los letreros.

De golpe Misha se aparece detrás de ellos y los saluda al pasar. La sorpresa de Kristina y Jan es tal que por un momento vacilan. Kristina cae en la cuenta de que no puede dejar pasar semejante oportunidad. Extiende la mano y toma a Misha del brazo. Mirándolo a los ojos le dice:

—Dios te ama, Misha. Tú sabes que quiere ayudarte.

—*Da, da (sí, sí)* —musita él.

—Misha, Dios envió a Su Hijo Jesús para que pudieras tener vida nueva. Reza conmigo ahora mismo para pedirle que entre en tu corazón.

Misha repite la plegaria de salvación que ella hace. Su nueva vida acaba de comenzar.

Aunque Jan y Kristina pierden el tren y se ven obligados a esperar varias horas a que salga el siguiente, Misha no se perdió aquella ocasión —quizá la última— de aceptar a Jesús.

Algunas personas han desbaratado de tal manera su vida que piensan que ya no tienen remedio. Sin embargo, nadie escapa al alcance del amor y el perdón divinos. Ni siquiera un matón profesional. Ni el propio Misha.

Si aún no has conocido al Hombre que tiene poder para darte vida eterna y transformar la que ahora llevas, esta es tu oportunidad. Haz la siguiente plegaria:

Jesús, sé que he obrado mal y que no me merezco el Cielo; pero acepto Tu sacrificio en la cruz para borrar mis pecados y acojo en este momento Tu amor, perdón y salvación. Te ruego que entres en mi corazón y me concedas el regalo de la vida eterna. Gracias por escuchar y responder esta oración, y porque a partir de ahora estarás siempre a mi lado. Amén. •

La nueva vida de Misha acaba de comenzar.

La medida de fe



VIRGINIA BRANDT BERG

En la vida espiritual, la fe nos demuestra verdades espirituales, de la misma forma que nuestros cinco sentidos nos proporcionan pruebas del mundo físico.

UN AMIGO MÍO LE PREGUNTÓ al gerente de un supermercado si alguna vez un desconocido le había pagado con un cheque sin fondos.

—No —respondió él—. Yo nunca miro el cheque. Miro a la persona. Si la persona me inspira confianza, le acepto el cheque.

De eso podemos extraer una enseñanza muy valiosa acerca de la fe.

En Hebreos 10:23 encontramos las siguientes palabras: «Fiel es el que prometió». ¿Quién hace las promesas de la Palabra de Dios? Dios mismo. Si miramos al Hacedor de las promesas no puede haber dudas acerca de su validez absoluta. La Palabra de Dios dice: «Vuelve ahora en amistad con Él, y tendrás paz, y por ello te vendrá bien» (Job 22:21).

Conocer a Dios es tener la certeza de que Él cumplirá todas las promesas que nos ha hecho. Abraham conocía a Dios y no «dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe [...], plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido» (Romanos 4:20,21).

Hay personas que piensan que la fe es algo muy misterioso fuera de su alcance. Otros consideran que se trata de un don innato que algunos tienen en abundancia y otros no. Ambos conceptos son erróneos.

«Conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno» (Romanos 12:3). A todo el mundo se le ha dado

una medida de fe. Lo que pasa es que muchos no la ejercitan. Al igual que sucede con los músculos, si no ejercitamos nuestra fe, se torna flácida. Para que la fe crezca, hay que ejercitarla constantemente.

La fe no se obtiene haciendo análisis académicos de la Palabra de Dios; no es a los sabios y a los entendidos a quienes se les revelan los secretos divinos más profundos (Mateo 11:25), sino a quienes se atreven a tomar a Dios al pie de la letra.

Quienes manifiestan una fe infantil hacen caso omiso de todas las dudas y argumentaciones. Cuando obtienen de Dios el cumplimiento de una promesa que los intelectuales no logran captar, éstos quedan avergonzados.

Aunque la fe obra en un ámbito totalmente distinto del de nuestros cinco sentidos, se le aplican algunos de los mismos principios. Cuando degustamos algo dulce, tenemos prueba de ello porque nuestras papilas así nos lo indican. Por más que alguien nos diga lo contrario, sabemos que es dulce porque contamos con la prueba de que así es.

En la vida espiritual, la fe nos demuestra verdades espirituales, de la misma forma que nuestros cinco sentidos nos proporcionan pruebas del mundo físico. Así como aceptamos lo que nos indican nuestros sentidos, debemos aceptar como evidencia lo que nos indica la fe. Cuando lo hacemos, nuestra fe hace que se concreten

¡PON A DIOS A PRUEBA! ¡DEMUÉSTRAME QUE EXISTE!

Muchas personas que afirman no creer en Dios en el fondo no son ateas. A lo mejor es que simplemente no han llegado a una conclusión definitiva, porque no han tenido ocasión de conocer la verdad. Pero por mucho que necesiten respuestas que zanjen sus dudas e interrogantes para poder convencerse, si son sinceras y realmente desean hallar esas respuestas, si de veras quieren conocer a Dios, Él se las revelará.

Aunque no creas en Dios, ni en la Biblia, ni en nada, puedes poner a Dios en un tubo de ensayo y demostrar Su existencia. Y ese tubo eres tú mismo. Pon a Dios dentro de ti y fijate qué pasa. Ora sincera-

mente diciéndole: «Dios, si existe un Dios en alguna parte, quiero verlo. Maniféstate». Y Él lo hará. Por medio de esa prueba admites la posibilidad de que exista y por lo tanto le das una oportunidad. Hay en ti una chispita, una semilla de fe como un grano de mostaza que comienza a germinar. Pues bien, Dios honrará esa fe permitiéndote ver, sentir y conocer la prueba. Aunque Dios no siempre responde nuestras oraciones de inmediato ni como lo esperamos, tarde o temprano de algún modo lo hace.

A Dios le encanta la fe. Nos ama porque creemos lo que nos dice. Una vez que empieces a manifestar fe en Él, te demostrará Su existencia de muchas maneras, mediante oraciones respondidas y milagros, incluso con la transformación de tu propia vida.

D.B.B.

nuestras expectativas y las torna en realidad. «Como creíste, te sea hecho» (Mateo 8:13).

Toma a Dios al pie de la letra. Cuando te sobrevengan pruebas y tribulaciones, en vez de dejar que se agraven y se acumulen, echa mano de tu Biblia, busca una promesa y reclámala invocando el nombre de Jesús. Esta es una que empleo con frecuencia, aunque sobrepasa totalmente mi entendimiento: «Todo lo que pidieréis al Padre en Mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Juan 14:13). Y otra más: «Clama a Mí, y Yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces» (Jeremías 33:3).

Con razón la Biblia califica esas promesas de «preciosas y grandísimas» y nos indica que por medio de ellas podemos ser «participantes de la naturaleza divina» (2 Pedro 1:4). Lo único que necesitamos es una fe sencilla.

•

Así como existe una fuerza invisible de atracción que aglutina el mundo material y un principio invisible de confianza sobre el que se asienta el mundo financiero, la invisible ley de la fe es la fuerza subyacente que da cohesión al mundo espiritual.

V.B.B.

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

El remedio para el desaliento y la depresión

El desaliento es un ataque espiritual que debe afrontarse espiritualmente.

2 Corintios 10:4,5

Efesios 6:11,16,17

Santiago 4:7

Meditar en Jesús y en la eternidad contribuye a poner las cosas en su debida perspectiva.

Romanos 8:18

2 Corintios 4:16-18

Hebreos 12:2,3

Llena tu corazón y tus pensamientos de la Palabra de Dios.

Salmo 94:19

Salmo 119:28

Salmo 119:59

Juan 8:31,32

Juan 15:3

Da gracias a Dios por lo que tienes y piensa positivamente.

Salmo 42:5

Salmo 103:2

Isaías 26:3

Efesios 5:18b,19

Filipenses 4:8

Manifiesta fe y alaba al Señor por haberte librado.

Salmo 9:1

Salmo 35:28

Salmo 66:8,16

Salmo 107:2

Olvidate de ti mismo y de tus problemas y ocúpate en ayudar a los demás.

Isaías 41:6

Proverbios 11:25

Lucas 6:38

Versículos que puedes invocar cuando te sientas abatido:

Deuteronomio 31:6

Salmo 31:24

Salmo 142:3a,7a

Juan 14:1

1 Corintios 10:13

Considera el gorrión...

Mi mirada no se aparta del gorrión mientras revolotea buscando alimento y un sitio donde anidar. Yo lo conduzco a un lugar de reposo, y él confía en Mí. No se preocupa por lo que no tiene. Se dedica a sus quehaceres y confía en que Yo proveeré para sus necesidades. Aunque los gorriones son numerosos y muy pequeños, Yo los conozco a todos y velo por ellos. Me acuerdo de cada uno y le prodigo Mis cuidados.



Tú para Mí tienes mucho más valor que todos los gorriones juntos. Si me preocupo tanto de esos pajaritos que parecen insignificantes, ¿no me preocuparé también de ti? Conozco tus pesares y entiendo tus temores. Estoy para infundirte fe y responder a tus oraciones. Pero necesito que confíes en Mí como lo hace el gorrioncito. A él no lo ves aleteando frenéticamente, sumido en el pánico; está tranquilo y en paz, sabiendo que no le quito los ojos de encima y que lo cuidaré como cuido de todos los Míos. Tengo también la mirada puesta en ti. Estoy presto a asistirte. Así que, confía en Mí, ¿de acuerdo? Deja que sea Yo quien se preocupe.